

La dolarización oficial desde abajo

La vida popular del dólar en Ecuador¹

Luis Emilio Martínez

■ Doi: 10.54871/ca24ds1e

Catalina² es comerciante. Miércoles, viernes y domingo vende cárnicos y embutidos en varios mercados y ferias en la ciudad de Cuenca, Ecuador. Para Catalina, como para cualquier comerciante, el mercado es un lugar que demanda una cantidad considerable de atención, tiempo y fuerza física. Pero también es un mundo en el que se entrelazan proveedores, clientes, familiares, amistades, escalas, pesajes y dinero. Billetes y monedas son un recurso central para los intercambios económicos de los comerciantes y sus prácticas cotidianas de cobrar y pagar, contar y calcular. Entre el circulante uno puede hallar un conjunto de monedas ecuatorianas (centavos), emitidas por el Banco Central del Ecuador (BCE). Como se mostrará más adelante, en los primeros momentos de la dolarización en Ecuador, esta “moneda fraccionaria”³ fue un recurso estratégico para que el sucre, la antigua moneda nacional, cediera

¹ Agradezco a Mauricio Pino, Federico Neiburg y especialmente al editor Ariel Wilkis por las generosas observaciones y recomendaciones a versiones preliminares de este texto. Errores y omisiones son de mi completa responsabilidad.

² Los nombres de personas y lugares han sido cambiados en este texto.

³ La expresión “moneda fraccionaria” aparece en documentos oficiales, publicaciones especializadas y prensa ecuatoriana. En la Ley de Régimen Monetario y de Banco

espacio al dólar norteamericano y así poder anclar las prácticas monetarias de los ecuatorianos (particularmente de los sectores populares) a la nueva moneda. En términos formales, la moneda fraccionaria ecuatoriana es emitida por las autoridades monetarias de este país andino, pero no pertenece propiamente al sistema monetario dólar. Hoy en día, después de dos décadas de la dolarización, la moneda fraccionaria ecuatoriana circula por las manos de los ecuatorianos, conviviendo de forma naturalizada –y aparentemente trivial– con su símil norteamericano.⁴

La diversificación de la moneda fraccionaria es un aspecto sobre el que se ha reflexionado escasamente. Esta particularidad ha sido anecdótica, y en muchos aspectos marginal, para la narrativa oficial del dólar en Ecuador. Por su parte, los estudios sociales del dinero la han considerado como una entrada para explorar la convivencia entre diferentes registros monetarios y regímenes de valor (Nelms, 2015). Convencionalmente, esta convivencia se ha pensado en clave de la apropiación o adopción del dólar (moneda *fuerte*) en sistemas monetarios nacionales como el peso, el sucre o el gourde (Luzzi y Wilkis, 2019; Nelms, 2015; Neiburg, 2016). Pero la convivencia de monedas fraccionarias en el caso ecuatoriano se da en el contexto del dólar (norteamericano) como moneda de curso legal. Esta particularidad plantea un desafío para repensar la dolarización como un espacio no homogéneo e incompleto que demanda de una versión *débil* de la moneda norteamericana para los intercambios cotidianos. En consecuencia, el funcionamiento y la comprensión de este proceso dependen del dólar realmente existente; de los billetes y monedas que circulan por las manos de comerciantes como Catalina.

Central se define que “por moneda fraccionaria se entenderá la moneda metálica equivalente a las fracciones de un dólar calculado a la cotización de S/. 25.000”.

⁴ En el circulante en territorio ecuatoriano no existe distinción práctica entre los centavos de dólar emitidos por el Tesoro de los Estados Unidos y los “centavos” emitidos por el BCE.

Este texto se centra en el estudio del dólar en efectivo, y de las particularidades que presenta en una dolarización *de jure* como la ecuatoriana, con el objetivo de comprender la convivencia y la interacción entre las versiones fuertes y débiles del dólar. Desde una perspectiva socioantropológica, argumento que el dólar en efectivo es una interfaz que permite la convivencia e interacción entre estas versiones del dólar, que cumple un rol clave en los procesos de familiarización y conversión monetaria.

El texto procede de la siguiente manera. En primera instancia, expongo la narrativa oficial del dólar, que articula en torno a su función de reserva de valor las relaciones con los ámbitos político, económico y social del Ecuador contemporáneo y que coloca al efectivo en una posición marginal en la dinámica de la dolarización. Después, despliego los principios de una perspectiva socioantropológica del efectivo como clave analítica que permite abordar la convivencia entre las versiones fuertes y débiles del dólar. En los siguientes apartados movilizo datos provenientes de mi trabajo de campo con los comerciantes de los mercados públicos de la ciudad de Cuenca,⁵ para desempacar aspectos centrales de la dolarización ecuatoriana. En primer lugar, analizo cómo los billetes y monedas materializan la versión débil del dólar y su relevancia para los procesos de familiarización y popularización del dólar en Ecuador, para después describir los procesos de conversión entre las dos versiones del dólar a través de las prácticas monetarias de los comerciantes populares en los mercados de Cuenca. Finalmente, concluyo con los hallazgos de mi investigación y los posibles aportes tanto a la agenda de los estudios sociales de la economía, como a la discusión de los procesos políticos y económicos de la región.

⁵ El trabajo de campo que sustenta este trabajo comprende diversas etapas de investigación sobre los mercados públicos en Cuenca. En el año 2019 se realizaron entrevistas a comerciantes establecidos en los mercados públicos en el marco del proyecto DIUC-Universidad de Cuenca “Los otros marginales”. En 2022, gracias al proyecto “Dolarizaciones en un mundo global”, financiado por CLACSO en 2022, se ha logrado ampliar el trabajo etnográfico sobre prácticas monetarias en el comercio popular en la ciudad de Cuenca.

El dólar oficial y la moneda fraccionaria ecuatoriana

La historia económica, política y social del Ecuador contemporáneo está marcada indudablemente por el dólar. Este predominio de la moneda norteamericana es el símbolo de una política económica que ha recurrido a su carácter de moneda fuerte para ganar hegemonía y popularidad entre la población. Lejos de ser únicamente un recurso técnico de control de precios y gasto fiscal, la dolarización es un concepto de economía política que articula consensos políticos, ideas de expertos y expectativas ciudadanas (Théret, 2003). Jean- François Ponsot se ha referido a la dolarización ecuatoriana como un *compromiso monetario vinculante* que encorseta y condiciona la política de este país andino (2019, p. 64), y cuya hegemonía y popularidad le ha permitido ser una de las políticas más estables en las últimas dos décadas. En las contiendas electorales, la dolarización es un pilar de cualquier plataforma política, independientemente de la orientación ideológica o adscripción partidaria. Incluso, en 2020, como parte de los compromisos asumidos con el Fondo Monetario Internacional por el préstamo para afrontar la crisis del COVID-19, la dolarización se blindó constitucionalmente con la Ley para la defensa de la dolarización.

Después de veinte años de ser la moneda de curso legal en el Ecuador, el dólar domina el panorama monetario de este país andino. Del sucre, la antigua moneda nacional aparecida en 1886, sólo quedan vagos recuerdos. Las remesas son preeminentemente dólares que llegan de los EE. UU., superando al euro que llega desde Italia o España. El comercio en las regiones fronterizas privilegia el dólar por encima del peso colombiano y el sol peruano, y los bolívares son ofrecidos como suvenires por la migración venezolana. Incluso, el dinero electrónico implementado por el BCE tuvo que salir de circulación por la poca acogida que tuvo entre la población.

A finales de la década de los noventa, la adopción del dólar comenzaba a ser una idea difundida y popularizada en el espacio

público por un pequeño grupo de especialistas.⁶ Hoy en día, el dólar goza de una amplia aceptación en la opinión pública ecuatoriana, por encima de cualquier recuperación de una moneda nacional. El dólar se ha constituido entonces como un “dispositivo técnico-ideológico” (Neiburg, 2023), que le otorga a la población grados mínimos de certidumbre frente a un contexto social, político y económico incierto e inestable.⁷ Su fortaleza es vista como un factor de estabilidad económica y de confianza. Las últimas encuestas disponibles indican que la dolarización es mayoritariamente aceptada –entre un 56 y 80%– por la población ecuatoriana (LAPOP, 2016; Cedatos, 2018, respectivamente).

Sólo en años recientes, los circuitos especializados han reconsiderado el papel del dinero físico como un aspecto relevante para la sostenibilidad de la dolarización ecuatoriana. En circuitos menos ortodoxos del análisis económico, el esquema monetario ecuatoriano descansa en dos factores clave: el ingreso de dólares por la venta de petróleo y la capacidad para atender la demanda doméstica de efectivo. Por un lado, la economía nacional no puede entenderse sin su dependencia por los ingresos petroleros. Por otro lado, al no poder emitir moneda, obliga a que las variaciones de la liquidez total (agregado monetario M2) recaigan directamente sobre las reservas internacionales. En consecuencia, las presiones sobre la base monetaria crecen por la caída de los precios del petróleo y por la demanda interna de efectivo al atesorarse como reserva de valor por los agentes económicos (empresas, hogares, personas) (Missaglia, 2021; Villalba 2019).

⁶ Nucleados en torno al Instituto Ecuatoriano de Economía Política (IEEP) y la Escuela de Economía de la Universidad San Francisco de Quito (USFQ).

⁷ El contexto político y social en Ecuador ha sido notablemente álgido en los últimos cuatro años; a la crisis por la pandemia de COVID-19, se han agregado dos movilizaciones indígenas y populares de alcance nacional detonadas por el intento de eliminar el subsidio a la gasolina, la destitución de un presidente y la disolución del legislativo (“muerte cruzada”), además del asesinato de un candidato presidencial en el último proceso electoral de 2023.

En resumen, y como se puede apreciar, en circuitos especializados y en la discusión pública, en la teoría económica y el sentido común, se ha cultivado una visión parcializada de la dolarización privilegiando la función de reserva de valor de la moneda norteamericana. Sin duda, mucho se ha aprendido del dólar *fuerte* como ingreso petrolero, agregado de las cuentas nacionales, balanzas comerciales, reservas internacionales, circuitos financieros y más. Pero se sabe poco o nada de los procesos de adopción del dólar, de sus particularidades y de sus efectos en las prácticas monetarias de los ecuatorianos. El caso del dólar efectivo, y de la moneda fraccionaria, es un ejemplo.

Desde su adopción como moneda de curso legal en Ecuador, hace más de veinte años, el dólar norteamericano convive de forma peculiar con la moneda fraccionaria ecuatoriana. En el año 2000, el gobierno ecuatoriano implementó la Ley para la Transformación Económica del Ecuador (o Ley Trolebus). Dicha ley autorizaba al BCE para acuñar una “familia de monedas fraccionarias ecuatorianas” imitando peso, diámetro, color y aleación de su símil norteamericano.⁸ En el anverso de la moneda fraccionaria ecuatoriana se colocó la denominación 1, 5, 10, 25 y 50 cts. (en contraste con el *dime*, *quarter* y *half* de su contraparte norteamericana); y en el reverso las efigies de personajes de la historia ecuatoriana como Juan Montalvo, Eugenio Espejo, José Joaquín de Olmedo y Eloy Alfaro.⁹

⁸ El Ecuador no es el único caso que ha implementado este tipo de moneda fraccionaria. Un caso parecido es el de Panamá (el país con mas antigüedad en la adopción del dólar estadounidense) con el *balboa*, moneda fraccionaria panameña que continúa en circulación hoy en día.

⁹ Según el BCE, y debido a los altos costos de transportar, custodiar y retirar la moneda física de la Reserva Federal de los EE. UU., se tuvo que contratar los servicios de acuñación de la Royal Canadian Mint y la casa de la Moneda de México (BCE, 2001), para proveer esa primera emisión de efectivo en moneda fraccionaria (664 millones de unidades). La simbología de la moneda fraccionaria ecuatoriana fue motivo de controversia. Inicialmente el diseño de la nueva familia de monedas fue realizado por académicos vinculados a la Universidad San Francisco de Quito. El proyecto hacía alusión a motivos distintos de la población, flora y fauna ecuatoriana (Aula Magna, 2020). De ese proyecto solo permaneció la moneda de un centavo.

Desde entonces, y a pesar de estar respaldada por el BCE, esta moneda opera en un limbo legal ya que no pertenece al sistema dólar estadounidense, ni a un sistema monetario nacional. En términos prácticos son *fichas* que sirven para las transacciones económicas cotidianas y de baja denominación. Y si bien, en términos relativos a la liquidez total es poco significativo (87 millones USD del total de dinero físico que asciende a 18.989 millones en 2022), la moneda fraccionaria ecuatoriana fue un recurso estratégico, y como se verá, indispensable para anclar la dolarización a la cotidianidad económica de los sectores populares.

Tomando en consideración estas particularidades monetarias de la dolarización ecuatoriana, en las siguientes páginas tomo distancia de la narrativa oficial y me pregunto ¿cómo conviven y se interconectan el dólar fuerte y la moneda fraccionaria en el uso del efectivo?

La antropóloga Jane Guyer ha provisto los fundamentos de una agenda de investigación que cuestiona el modelo de esferas separadas entre monedas fuertes y débiles, y se ocupa de los procesos socioculturales de mediación que hacen posible su coexistencia e interconexión (2012). Inspirados en esta agenda, argumentamos que la moneda fraccionaria ecuatoriana fue un elemento central para la constitución de una versión débil del dólar. Por lo tanto, en la dolarización ecuatoriana la economía del efectivo (billetes y monedas) se presenta como una *interfaz monetaria* en la que conviven y se relacionan las versiones fuerte y débil del dólar.

Una interpretación sociológica de la dolarización puede construir una perspectiva que dé cuenta de las prácticas y procesos socioculturales que hacen posible la interacción entre las dos versiones del dólar. Por lo tanto, el presente texto busca contribuir por un lado a explorar las dinámicas del efectivo y su importancia para el entendimiento de la dolarización como espacio monetario no homogéneo (Nelms, 2015; Ferraro, 2004; Chiriboga, 2019); y por otro, a la construcción de una perspectiva socioantropológica de las

implicaciones sociales, políticas y económicas de los procesos de dolarización en América Latina (Luzzi y Wilkis, 2019; Nelms, 2015).

La economía del efectivo: una perspectiva socioantropológica

La sociología y antropología del dinero asumen que el efectivo es un aspecto relevante en el estudio de los fenómenos monetarios (Zelizer, 1994; Dodd, 2014; Akin y Robbins, 1999; Maurer, 2006). Además de los estudios que se han enfocado en el aspecto material del dinero (Lemon, 1998), también ha surgido un renovado interés por el papel del efectivo en el actual sistema monetario (Guyer, 2012). Para esta perspectiva, el efectivo funciona como una *interfaz monetaria*, es decir como punto de encuentro entre monedas fuertes (reserva de valor) y débiles (medio de intercambio) y como lugar privilegiado para el análisis de los procesos socioculturales de conversión en el actual sistema monetario (Guyer, 1995; Maurer, 2006). Inspirados en esta agenda expongo brevemente tres premisas para una perspectiva socioantropológica del efectivo: *pluralidad monetaria, prácticas cotidianas, conversiones y cálculo*.

Contra el ideal homogeneizante de un país-una moneda que impone el dólar *oficial*, la evidencia histórica muestra la coexistencia de monedas –y sus funciones– no de forma incidental, sino interactuando incluso de forma complementaria (Kuroda, 2008, p. 8). Por lo tanto, nuestra perspectiva parte del principio de la *pluralidad monetaria* –simbólica, material y funcional. Capturada en la paradoja de uniformidad y proliferación de distinciones sociales de la moneda norteamericana en el estudio señero de Viviana Zelizer (1994); en los estudios históricos de Akinobu Kuroda sobre la desgregación y las combinaciones funcionales de diferentes monedas (2008); o en la creatividad para mantener en uso el *bad money* en los circuitos de comercio caribeño señalado por Sidney Mintz (1964), la moneda sostiene tenazmente un carácter plural.

Igualmente relevante en el estudio del efectivo es su familiarización a través de los usos y significados que le dan las personas al dinero en su vida cotidiana (Nelms y Guyer, 2021). Asumir una lectura sociológica de los procesos de dolarización implica cuestionar el dominio del dólar sólo por las condiciones que impone la política macroeconómica a los actores (Nelms, 2015; Truitt, 2013). Las prácticas monetarias de personas, familias y empresas, afirman Mariana Luzzi y Ariel Wilkis (2019), no son una respuesta automática a los estímulos o desincentivos de la macroeconomía, sino que implican procesos de aprendizaje y de arraigo.

En segundo lugar, la pluralidad y las prácticas monetarias, sostiene Jane Guyer, pueden ser apropiadamente analizadas recuperando un concepto fundamental de la antropología económica, la *conversión*, que en su acepción clásica refiere a “transacciones donde una inconmensurabilidad fundamental es reconocida y preservada” (2012, p. 2216). El actual protagonismo del dólar y la inestabilidad del sistema monetario, continúa Guyer, colocan al efectivo como un fenómeno monetario privilegiado para explorar los procesos de mediación en mundo socioeconómico crecientemente múltiple y plural. De la idea convencional sobre conversiones entre monedas nacionales, concluye Guyer, los estudios socioantropológicos del dinero deberían extenderse a las mediaciones entre monedas fuertes y débiles en el mundo económico que presenta “nuevas funciones, esferas y comunidades monetarias” (2012, p. 2216).

En tercer lugar, no está de más aclarar que nuestra idea de agencia económica toma distancia de la racionalidad calculadora que se le imputa a los actores económicos. En la vida cotidiana, comerciantes como Catalina calculan y estiman con una lógica más cercana a la que se propone en los estudios socioantropológicos del dinero y las finanzas. Siguiendo esta agenda de investigación, asumo que el cálculo aritmético de valuación y de estimación de la ganancia, está supeditado a relaciones sociales que dominan la actividad económica cotidiana (Lave et al., 1984). Michelle Callon ha inspirado muchos de estos estudios al sostener que el *cálculo*

económico no se reduce al cálculo matemático o alguna otra operación algebraica, ya que “dependiendo del logro concreto de cualquier momento del proceso de cálculo, éste puede encontrarse con una formulación algorítmica o con la intuición o el juicio” (Callon y Muniesa, 2005, p. 1232).

A continuación, describiré el surgimiento de la versión débil del dólar y cómo convive con la versión fuerte en el entramado de conversiones, cálculos y relaciones sociales en los mercados públicos de Cuenca. En otras palabras, analizo la *economía del efectivo* en estos sitios de comercio popular. Permítanme entonces volver a la vida cotidiana de los mercados de esta ciudad andina.

Una interfaz monetaria para la popularización del dólar en Ecuador

Es miércoles y como todas las tardes después de un día de venta, Catalina acude a una gasolinera cerca de su casa donde cambia los *sultos* (como se denomina en el lenguaje corriente a la moneda fraccionaria) por dólares en billetes de mayor denominación. Del mercado “vengo con poquito”, me comenta. Las monedas que ha traído consigo del mercado y que ha cambiado en la gasolinera es lo que destina cotidianamente para hacer los gastos del hogar. En su actividad de comerciante, el manejo rutinario del dólar en efectivo –billetes y moneda– obliga a Catalina a un constante ordenar, contabilizar y calcular. Para ella, la moneda fraccionaria es un recurso de vital importancia en su actividad como comerciante. Y si bien hoy su manejo parece trivial, su incorporación a las prácticas cotidianas y al repertorio monetario de los ecuatorianos implicó un importante proceso de aprendizaje en los primeros años de la dolarización. Para el año 2000, el tipo de cambio se fijó en 25.000 sucres por 1 USD. La conversión de miles en sucres a centavos de dólar fue, por tanto, un desafío para el funcionamiento de la economía real. Las autoridades monetarias tuvieron que hacer frente a la

provisión de moneda fraccionaria en físico para las transacciones cotidianas, así como al desafío que suponía el aprendizaje y desarrollo de destrezas para el uso de la nueva moneda. Acuñar moneda fraccionaria ecuatoriana fue la respuesta a ambos requerimientos, y se convirtió entonces en un recurso fundamental para sortear los primeros momentos de la dolarización.

La literatura disponible ha abordado fenómenos similares en los procesos de familiarización y apropiación de monedas, como se puede ver en este libro en los capítulos de Neiburg sobre la “creolización” del dólar en Haití, la “indigenización” señalado por Pavy o la aparición del dólar de Zimbabue analizada por Vasantkumar. En el caso ecuatoriano, se cristalizó en la versión débil del dólar, esto es, en los billetes y monedas necesarios para las transacciones cotidianas de comerciantes como Catalina. El BCE y los medios de comunicación fueron agentes centrales de este proceso a partir de la acuñación de la moneda fraccionaria ecuatoriana (señalado anteriormente), la formación de destrezas para la incorporación de fracciones monetarias en los cálculos y transacciones cotidianas de los ecuatorianos y la difusión de campañas de familiarización y uso con la nueva moneda.

Taylor Nelms en su estudio sobre la dolarización en Ecuador contribuyó decisivamente para la comprensión de estos aspectos del caso ecuatoriano. Nelms destaca que en los inicios de la dolarización los ecuatorianos tuvieron que adaptarse a su nueva realidad monetaria de conversiones habituales entre sucres y dólares. Recuperando una expresión de Polanyi, los ecuatorianos “tomaron conciencia de la moneda” a partir de las diferencias en la *denominación* de sucres y dólares; esto es, en su color, tamaño, forma, diámetro, (aspectos materiales y formales) y las escalas y la simbología ligadas a estos (sistemas de valor y representación) (2015, pp. 146-151). La denominación de la moneda fue entonces un aspecto medular para la configuración del efectivo en Ecuador: denominaciones en billetes ligadas al universo del dólar norteamericano y denominaciones

en moneda donde se realizó el trabajo de anclaje y apropiación en las prácticas cotidianas del intercambio.

Desde la narrativa oficial del dólar se señala que la provisión de moneda en físico implicó principalmente un problema de costos, ya que se estimaba que era menos costoso acuñar una moneda fraccionaria propia, que importarla físicamente desde los EE. UU. (Dávila, 2017, p. 25). Nelms por su parte sostiene que la acuñación de moneda ecuatoriana fue además un recurso del gobierno para “impulsar la circulación de monedas de baja denominación y responder a las dificultades de los ecuatorianos para reconocer las diferencias en la moneda fraccionaria norteamericana” (2015, p. 165). Antes de la dolarización los ecuatorianos estaban habituados al uso de billetes en denominaciones de hasta 50,000 sucres; y monedas de 100, 500 y 1000. Los centavos de sucre desaparecieron hacia mediados de la década de los ochenta. Volver a utilizar y calcular en centavos fue un problema que los ecuatorianos tuvieron que resolver en sus prácticas cotidianas.

Lo cierto es que autoridades, comerciantes y compradores se vieron en la necesidad de familiarizarse con la denominación de la nueva moneda y ajustar e intensificar los cálculos monetarios en los intercambios cotidianos. El establecimiento de precios fue una actividad que requirió de “ejercicios mentales” intensivos para calcular el valor monetario de los productos y la incorporación de las fracciones de centavos de dólar. En otras palabras, establecer precios en proporción a la nueva escala monetaria. Para ello, el BCE desplegó amplias campañas de difusión en panfletos como *Conozca el dólar* o *Te presento al dólar* (Nelms, 2015, p. 140), y de pedagogía del uso de la nueva moneda, con tablas de equivalencia de precios de productos básicos como arroz, café, detergente, entre otras en centavos de dólar, o fórmulas para establecer los precios como “multiplicar el precio del producto en sucres por 4 y después dividir entre 100.000” (BCE citado en Nelms, 2015, pp. 155-156).

Nelms también señalaba que los comerciantes populares, en los primeros momentos de la dolarización, consideraban que

establecer precios en centavos de dólar se tomaba como un abaratamiento de los productos. En contraste, los consumidores mostraban su desacuerdo por el encarecimiento de los productos: en aquellos momentos las autoridades monetarias y medios de comunicación hablaban de una falta de “cultura de la moneda fraccionaria” (Nelms, 2015, pp. 160-163). Mientras las autoridades enfatizaban la importancia la moneda fraccionaria e instaban a reconocer el valor de los centavos para los intercambios cotidianos, comerciantes populares rehusaban calcular en fracciones, empleando prácticas como el redondeo.

Al igual que otros casos de dolarización, como El Salvador, el cambio de moneda fue un proceso sumamente desorientador y desconcertante en las actividades cotidianas de los sectores populares (Towers y Berzutzky, 2004, p. 47).¹⁰ Retomando mi trabajo de campo en los mercados de la ciudad, los testimonios de los comerciantes de sus primeras experiencias en el uso del dólar, en especial de la moneda fraccionaria, reiteran el mismo sentimiento de desconcierto por la dificultad para reconocer las particularidades de la nueva moneda, la escasez de moneda fraccionaria y la subida de precios de los productos en los primeros años de la dolarización.

Silvia es empleada en un local de venta de alimentos en el mercado 12 de Octubre desde hace veintiséis años. Silvia ha sido testigo de la remodelación de este mercado ubicado en el centro histórico de la ciudad, y por supuesto experimentó los cambios y transformaciones con el cambio de moneda en el año 2000. Silvia recuerda con desazón aquellos primeros momentos de la dolarización. “Fue drástico” me comenta, mientras me comparte un vaso de morocho¹¹ y atiende a sus clientes. “Nos confundíamos”, prosigue, “a veces no podíamos hacer cuentas bien, ¡sí fue duro!” La disponibilidad de

¹⁰ Los estudios de Vera (2013) y una parte del trabajo de Nelms (2015) dan cuenta de este proceso desde la mirada de los sectores medios ecuatorianos: las angustias y preocupaciones principalmente por la pérdida de valor de sus recursos monetarios (ahorros, activos en sus negocios, etc.) en el periodo de la dolarización.

¹¹ Bebida dulce típica en la región andina hecha de leche y granos de maíz.

efectivo –principalmente moneda fraccionaria– fue un aspecto que dificultó la relación con sus clientes en esos momentos de transición monetaria. “Además de eso,” continúa, hubo “tanta ‘rispidez’ con la gente, nos venían a [pedir] monedas, centavos, sucres, ¡no sé qué diablos!”

Comerciantes y consumidores recuerdan vívidamente la subida de precios y la pérdida de valor del sucre (Nelms, 2015; Vera, 2013). En esos momentos, “ni los billetes de 1.000 Sucres [valían]”, comenta Silvia y ejemplifica: “si el vaso de morocho era de 25 cts. de dólar”, ascendía a “7.500 en sucres. ¡Era carísimo! [pero] eso teníamos que cobrar.” Así, los precios en fracciones de dólar han permanecido hasta el día de hoy. “Desde que se dolarizó”, comenta Silvia, “hemos mantenido el precio, porque no se puede subir más... El vaso de morocho que llegó a valer 30 y 40 cts., desde ahí subió a 50 cts. y ahí permaneció hasta ahorita”.

Ernestina igualmente es comerciante. Ella vende pescados y mariscos en El Pedregal, el mercado al mayoreo más grande de Cuenca y de la región del Azuay. Es martes por la tarde, las horas de menor movimiento en el mercado, y Ernestina aprovecha para tomar un pequeño descanso mientras un par de empleados mueven contenedores con mariscos y pescados y asean al interior del local. Ella ha trabajado en el mercado desde su infancia y ha experimentado la dolarización desde su implementación. Lo primero que me comenta es que ella intentó guardar billetes y monedas de sucres como un “recuerdo de su moneda”, pero por necesidad tuvo que canjearlos por dólares.

Creo que hasta últimamente teníamos billetes del sucre, porque guardábamos por recuerdo... pero ya cogí y boté, ya tanto tiempo. Fui a llevar al Banco Central, (...) me acuerdo. Muchos hicimos eso, a mí me pasó, yo ya necesitaba y ya no tenía, entonces tenía que cambiar... Guardábamos las monedas del sucre, decíamos vamos a tener recuerdos, pero uno necesitaba dinero y tenía que cambiar, porque era la necesidad del dinero. El Banco Central cogía [y cambiaba por dólares].

Así, los ecuatorianos tuvieron que familiarizarse con la nueva moneda, “Teníamos que acostumbrarnos, haciéndonos de una calculadora, de una *mente nueva*, de ponernos pilas”, me comentan. En ese contexto, la disponibilidad de efectivo, las transacciones y los cálculos cotidianos de reducido valor monetario se tornaron extremadamente complejos para el común de los ecuatorianos. Desde entonces, la dolarización ecuatoriana se ancló a dos recursos monetarios: la moneda fraccionaria ecuatoriana y la moneda de 1 USD (conocida como *Sacagawea*).

Además de la creación de la moneda fraccionaria ecuatoriana acuñada por el BCE, la moneda de 1 USD, conocida como *Sacagawea* (por la imagen que lleva la moneda de una mujer indígena de Norteamérica con un bebé en la espalda) jugó un papel relevante en el proceso de conversión monetaria.¹² La moneda de 1 USD predomina en muchas de las transacciones en los mercados. En su estudio de la dolarización ecuatoriana, Taylor Nelms (2015) describió puntualmente las prácticas de redondeo. El “todo a 1 dólar” fue un recurso ampliamente adoptado en las transacciones cotidianas. Aun hoy en día la cantidad de mercadería que se comercializa en los mercados, fruta, verduras, legumbres, granos tiende a ajustarse a la unidad monetaria. “A dólar la funda” se escucha comúnmente al interior de los mercados, pero sobre todo en el comercio ambulante que se desborda en sus intermediaciones. Así, muchas de estas pequeñas y rutinarias transacciones fueron limitándose al uso intensivo de la moneda fraccionaria y la moneda de 1 USD (*Sacagawea*).

A más de dos décadas de la dolarización, estas adaptaciones en la denominación monetaria siguen sirviendo a comerciantes como Catalina, Silvia y Ernestina para ordenar sus recursos monetarios, calcular la ganancia, pagar deudas y establecer *ratios* con escalas de peso de su mercadería.

¹² En su estudio, Nelms hace una lectura de la popularidad y la aceptación de la moneda de 1 USD como indicador de las diferencias de raza en el Ecuador (2015). Por mi parte considero que funciona como un “umbral numérico” (Guyer, 2004) que permite la convivencia y la conexión de diferentes escalas de valor.

Conversiones, deudas y billetes

Los mercados públicos son espacios urbanos centrales para la economía de las clases populares. En los mercados públicos trabajan, se abastecen y se ofrecen alimentos, productos y servicios para amplios sectores urbano-populares en América Latina. Algunos estudios han señalado cómo la globalización toma forma en las clases populares a través de la comercialización de productos falsificados en mercados como La Salada en el conurbano bonaerense o Tepito en Ciudad de México. Y cómo, a través de esos espacios, se abren oportunidades y expectativas de mejores condiciones económicas para amplios contingentes de comerciantes populares (Dewey, 2020; Alba Vega, et al., 2011). Desde otra perspectiva, se han destacado las relaciones tensas, contradictorias y a veces conflictivas con las ciudades. Especialmente por ser espacios de concentración popular que entran en tensión con dinámicas de gentrificación o regeneración urbana (González, 2020). Desde la perspectiva de este texto, estos *loci* del intercambio son además espacios estratégicos para la economía del efectivo; lugares donde las prácticas monetarias y de cálculo de comerciantes y consumidores establecen puntos de mediación y de contacto entre el dólar fraccionario y el dólar fuerte.

Sin embargo, en la ciudad de Cuenca, las políticas de regeneración urbana que buscan captar mayores recursos monetarios y financieros –siempre en dólares fuertes– ha traído consigo una serie de remodelaciones de los mercados ubicados en el centro histórico (declarado patrimonio de la humanidad por la UNESCO en 1999). Estas políticas de reubicación y desplazamiento de los comerciantes que se situaban en el casco central del centro histórico de la ciudad han sido una constante desde la década de 1970. Debido al crecimiento del comercio ambulante alrededor de los tres mercados que se sitúan en el centro histórico, las políticas urbanas han

buscado mover el comercio popular a las inmediaciones y periferia de la ciudad.

Los mercados públicos también son espacios que muestran una dinámica *generizada* en el uso de billetes y monedas. La actividad económica de la mujer comerciante, de la mujer de mercado, es por la que circula el efectivo para valuar, intercambiar, consumir y proveer los alimentos en ciudades andinas como Cuenca (Weismantel, 2001; Loja, et. al, 2022). Ariel Wilkis (2013) sostiene que las sospechas que generan las prácticas monetarias de los sectores populares se producen por el entrelazamiento y las tensiones entre vida económica y dinámicas morales. De igual forma, a pesar del papel protagónico de los mercados públicos en las economías urbanas de América Latina, esa posición suele estar cargada de estigmas, prejuicios y sospechas. En un espacio social y urbano que subordina, desplaza u oculta la actividad mercantil de las mujeres, la economía del efectivo tiende a encasillarse como economía marginal, de baja denominación o de supervivencia.

Por mi parte, encuentro en el comercio femenino una actividad que analíticamente me permite observar cómo en esta interfaz monetaria del efectivo se fracciona el dólar y se pone en contacto con espacios, relaciones sociales y escalas de peso.

Mujeres comerciantes como Catalina, Silvia y Ernestina han dedicado parte significativa de sus vidas a estos espacios de comercio popular. Catalina viene de una familia de comerciantes. Desde su abuela, pasando por su mamá y sus tías, todas se dedicaron a vender cárnicos y embutidos en el Mercado 24 de Mayo, uno de los mercados icónicos del centro histórico. Así, la vida económica y familiar de Catalina ha estado vinculada fuertemente a los mercados públicos de esta ciudad. “Yo vengo desde abajo, yo me he criado en el mercado”, afirma Catalina. Venir de una familia de comerciantes le ha otorgado destrezas para el manejo del dinero en efectivo en su negocio. Distinguir pagos, ganancias, “utilidades” y la relación entre moneda y escalas de peso ha sido un aprendizaje vital para su actividad cotidiana.

Actualmente Catalina vende en El Pedregal, el mercado mayorista más importante de la ciudad. Este mercado está dividido en diferentes naves, cada una dedicada a diferentes tipos de productos: frutas, verduras, ropa, productos del mar, etc. En los accesos se agolpa una gran cantidad de comerciantes ambulantes que venden productos al menudeo, sobre todo granos: alverjas, choclo, habas, alimentos fundamentales en la dieta andina. En las inmediaciones de El Pedregal se ubica un artefacto con aspecto de cajero automático. En realidad, la leyenda “Suelto fácil” indica que es una máquina que cambia billetes por moneda fraccionaria. Al igual que en las inmediaciones del Pedregal, el BCE ha instalado estas tecnologías del efectivo que fraccionan dólares en lugares estratégicos de las principales ciudades de Ecuador, como terminales de buses, centros comerciales y mercados públicos, y que son particularmente útiles en los días de feria (de mercado), fines de semana, feriados (días de asueto) y fiestas (BCE, 24 de enero de 2014).

Los *suelos* o moneda fraccionaria son es un recurso indispensable para la actividad cotidiana. Los precios en moneda fraccionaria obligan a muchos comerciantes a tener disponibles centavos de dólar americanos (y ecuatorianos) y monedas de dólar (*Sacagawea*) para el intercambio con clientes y compradores. Los *suelos* son además un recurso monetario indispensable para establecer vínculos mínimos de solidaridad y amistad entre los propios comerciantes. En una situación de adversidad económica como la actual, negar los *suelos* es un indicador de la pérdida de lazos de solidaridad, incluso de conflictos entre comerciantes. “No sé por qué la maldad, a veces hasta para cambiar un billete es bien complicado” se lamentan.

Hoy en día, los centavos norteamericanos y ecuatorianos circulan de forma indistinta en su actividad cotidiana. Pero la distinción de billetes y monedas es para los comerciantes como Catalina un principio –material– fundamental para organizar, clasificar, separar el efectivo. *Aparejar* es una de las prácticas fundamentales para organizar los recursos monetarios de los comerciantes. La Sra.

Catalina lo explica: “aparejar [es] poner en orden billetes, [monedas] todo eso” y ejemplifica:

más o menos yo llevo lo que son unos 100 a 150 USD en monedas, que son de un dólar, de 50 cts. en moneditas, y unos 100 USD más en billetes de 10 y de 5... Tengo ahí 150 que tengo que guardar porque igual ya me ha de tocar pagar de la luz. Tengo que guardar [porque] a veces mi hija me pide para una copia [para la escuela], o sea tengo ahí disponible para los gastos.

Fraccionar el dólar es indispensable en la actividad de los comerciantes no sólo para el intercambio mercantil, sino también para la estimación de los márgenes de “utilidad”. Fracciones de dólar (escalas monetarias) y *libras* (escalas de peso)¹³ son centrales para establecer precios. Ernestina ejemplifica para el caso de su local de pescados y mariscos:

el camarón viene a 3,25 [USD] [por libra], yo tengo que sacar una ganancia unos 30 *centavitos* para mí, o 50 cts., porque hay que pagar fundas, trabajador... El camarón es lo que se gana un poquito más, a veces 60 cts. Por decir, para sacar unos 50 cts., para dar a 3,50 [USD], supongo que hay que sacar a 2,75 [USD] allá [de la costa].

Sin embargo, para comerciantes como Catalina las *ratios* de moneda fraccionaria y unidades de peso no siempre redundan en una mayor precisión matemática para la estimación de su ganancia. El procesamiento y la preparación de su mercadería le implicaría un “un constante pesar, pesar, pesar y repesar”, siempre en relación con fracciones de dólar. Catalina ejemplifica con la *merma* en el proceso de preparación de la carne de res (vacuno): inicialmente manda sacrificar una res cuyo peso es de 400 lbs., pero al recibir y pesar “ya va a mermar” aclara, “porque se seca, va a quedar en unas 395”. El siguiente paso, desarmar la res, sacarle cortes, huesos

¹³ La *libra*, tradicionalmente ligada al mundo rural en Ecuador, es la unidad de peso predominante en los mercados públicos urbanos. En contraste al kilogramo, que estandariza el peso en los productos envasados que se venden en supermercados.

y retazos, vuelve a disminuir “ya me merma 2 lbs., solo de los retazos”. Y finalmente la preparación para la venta del día siguiente, también disminuirá “me merma la sangre, y en lo que yo voy a cortar por libras, ¡también me va a mermar!” Y concluye, que tendría que estar una y otra vez, “cogiendo y pesando” y así sistemáticamente, “todo para contabilizar, entonces de ahí sacaría mi ganancia del día. ¡Pero eso yo no hago!”.

Catalina sabe que es prácticamente imposible determinar su ganancia de forma matemática. “A veces he querido calcular todo eso”, señala con sensibilidad de contadora. La historia de Catalina es particular, porque a diferencia de muchos otros comerciantes tuvo la oportunidad de cursar una carrera universitaria y tener estudios en contabilidad. Pero ella sabe de antemano que en su negocio es imposible tener una claridad matemática de cuánto es su ganancia. Su estimación ya no depende de una agregación simple de fracciones en unidades de dólar, sino que además implica lo que Magdalena Villarreal denomina como “múltiples dimensiones de [su] vida cotidiana, [que] se conjuga[n] en términos sociales y culturales” (2008, p. 393). Ella es explícita al sostener que la ganancia, si bien tiene una estimación monetaria, más bien se ve reflejada en lo que le piden sus dos hijas y en los gastos del hogar: comida, luz, agua, el plan del teléfono, entre otras rubros. “Esa es mi ganancia”, enfatiza Catalina.

La reconstitución de las fracciones de dólar en unidades contables es un proceso complejo que en la economía del efectivo de los comerciantes populares se expresa principalmente en pago a proveedores –y ocasionalmente en ahorros–. Los billetes y monedas sirven como principios fundamentales para la organización de sus recursos monetarios: billetes para el pago de proveedores; moneda fraccionaria para los *sueltos* (intercambio mercantil) y el gasto en el hogar (ganancia). Con la suma que obtiene de la moneda fraccionaria cubre las cuentas del hogar, “a veces tengo que pagar la luz, y a veces vengo comprando frutas, haciendo el gasto para mi casa”, me comenta. Así, la estimación de la ganancia de su negocio es la que

obtiene de la diferencia entre los ingresos en su caja y el dinero que tiene que pagar a los proveedores. En los cálculos que realiza Catalina, lo importante no es estimar matemáticamente cuánto ganó, sino el establecimiento de una clasificación en escala ordinal de dinero a pagar y remanente. Y la diferencia entre billetes y monedas es fundamental.

El pago a los proveedores se mueve en otro espectro del efectivo: los billetes. En el Ecuador los billetes de dólar que circulan en establecimientos comerciales, mercados públicos, estancillos, supermercados, locales de comida, etc., son de baja denominación: billetes de 1 y 2 (cuya circulación es muy limitada) y 5, 10 y 20 (de amplia circulación). Los billetes de 50 y 100 están prácticamente fuera de circulación y sólo pueden ser canjeados o depositados en bancos.

Catalina, al igual que muchos de los que se dedican al comercio de cárnicos y embutidos gozan del beneficio del pago diferido –regularmente de 8 a 15 días– por parte de los proveedores: comerciantes de ganado y fábricas. En este proceso disponer de periodos de tiempo mas prolongados es indispensable para agregar unidades unitarias de dólar.

Las fábricas [de embutidos] nos esperan de 8 a 15 días. A veces me han dicho que me van a bloquear el código y que no puedo hacer pedido. Con las fábricas no hay muchos problemas. Pero con el pollo y la carne que es a diario que se vende. Entonces a estos dos señores no hay cómo quedarles mal, fallarles el dinero. Porque ellos con lo mismo, van y compran y nos proveen a nosotros. Entonces, si yo maté una res el día lunes, el viernes tengo que estarle pagando, para que el lunes me de más. Igual lo que es el pollo me dan miércoles, viernes y domingo y el miércoles de la siguiente semana le estaría cancelando de la semana anterior.

Los tiempos de la dolarización fueron tiempos difíciles para la mayoría de la población ecuatoriana; y tiempos para tomar conciencia de la deuda en dólares para Catalina. La remodelación de uno de

los mercados más importantes del centro histórico de la ciudad, en el que Catalina y su familia tenían un local, los obligó a ubicarse en plazas y espacios alternos poco propicios para el comercio. Además de la necesidad de aprender a manejar una nueva moneda fraccionaria para los intercambios cotidianos, comerciantes como Catalina también tuvieron que aprender que en dolarización el idioma de la deuda y los intereses era el de los billetes. “Sufrimos mucho, por la dolarización, y las deudas [del padre], y tanta cosa que se nos vino encima” recuerda Catalina. En aquella época, fue muy duro porque “no llevábamos ni una cuenta, no llevaba un registro de cuánto debía, ni a quién pagó”. “Cuando falleció mi papá aparecieron muchas deudas, que mi mamá no tenía conocimiento, y nos tocó pagar a nosotros con intereses... Nosotros estuvimos en bancarrota”, dice con pesar Catalina.

Los pagos a los proveedores consumen una gran proporción de los billetes que obtuvo por la venta del día. Y concluye: “me vengo con poco, con lo que me resta de la venta. De todo lo que he vendido... es que en mi caso no puedo separar lo que es embutidos, carnes; yo le uno todo, no separo. Y entonces pago.”

En mi trabajo de campo no he constatado distinción alguna en el uso de la moneda fraccionaria, pero sí con billetes. Si bien el uso del efectivo implica el manejo de billetes y monedas, la dolarización redirigió el flujo de billetes hacia circuitos distintos del comercio popular: los pagos y la deuda. Las madrugadas en los alrededores de El Pedregal suelen ser bastante agitadas, sobre todo los días de feria: miércoles y sábados. Entre sacos apilados de verduras y frutas, comerciantes minoristas se agolpan para abastecerse de productos que provienen de las provincias aledañas. En mi trabajo de campo he podido observar que en las arduas y detalladas valuaciones de los productos (calidad, frescura, etc.) el billete es el que impera. En la compra de la mercadería, fajos de billetes van de las manos de comerciantes minoristas a mayoristas y proveedores.

En resumen, las prácticas monetarias y de cálculo de los comerciantes como Catalina, Ernestina y Silvia muestran cómo la

economía del efectivo tensiona, descompone y reconstituye al dólar *oficial*. Las mediaciones posibles entre las versiones débiles y fuertes del dólar se establecen a la luz de las relaciones sociales, escalas (de peso y de tiempo) y lugares que constituyen a la economía de los mercados populares.

Consideraciones finales

La economía del efectivo muestra una pluralidad y complejidad de la dolarización ecuatoriana que contrasta fuertemente con la supuesta homogeneidad que ofrece el dólar oficial. En primera instancia, el estudio de la economía del efectivo me ha permitido mostrar aspectos poco visibles de los procesos de dolarización: una dimensión blanda o débil de la moneda norteamericana. Aquella que ofrece un espacio para las transacciones y los intercambios económicos cotidianos de amplios sectores de la población ecuatoriana. Siguiendo las pistas que nos ofrecen los testimonios de nuestros comerciantes, he podido desempacar al dólar *oficial* y mostrar cómo en sus prácticas cotidianas se realizan procesos de mediación y conversión entre el dólar en efectivo y el dólar fuerte. El dólar, lejos de reducirse a la moneda fuerte a la que suelen atarse análisis técnicos e imaginarios de sentido común, y a la lógica de los agregados de las cuentas corrientes o el gasto fiscal, cobra una vitalidad inusitada en cuanto se toma nota de su existencia más mundana como billetes y monedas en las manos de los comerciantes. Billetes y monedas son principios organizadores de la actividad económica de amplios sectores de la población, y mecanismos indispensables de mediación de procesos y estructuras sociales.

Así, los testimonios de Catalina, Silvia y Ernestina dan cuenta de cómo se configuró una dinámica particular del efectivo en billetes y monedas en la dolarización ecuatoriana. Inicialmente la *denominación* monetaria ofreció claves materiales y simbólicas para la convivencia de dos sistemas de valor y monetarios tan disímiles

como el dólar y el sucre y permitió la emergencia de una interfaz dólar fuerte/débil. Las transacciones cotidianas quedaron delimitadas a la moneda fraccionaria y de 1 USD. En este proceso la moneda fraccionaria ecuatoriana permitió que el dólar en efectivo se fusionara y mimetizara con la antigua moneda, el sucre. Esto permitió que el dólar se anclara en las prácticas monetarias y de cálculo de amplios sectores de la población ecuatoriana. Aun hoy, esta interfaz permite la convivencia del dólar con un pasado monetario ligado al sucre. Los testimonios de comerciantes muestran cómo el sucre se confunde y mimetiza con los centavos de dólar, en expresiones como “en el momento que cambió [la moneda], [inmediatamente] decidimos de hacernos de centavos... *centavos que ahora son actualmente sucres*” (sic). Llegando incluso a denominar algunos precios de sus productos en “sucres”, en lugar de centavos de dólar.

Finalmente, a través del efectivo se muestra cómo los billetes y las monedas fraccionarias resultan indispensables en procesos de dolarización que de otra manera resultarían incompletos o inacabados. Fraccionar el dólar, ponerlo en contacto con escalas de pesaje, intercambiarlo con los consumidores, para después volverlo a agregar en cantidades más fuertes para el pago a mayoristas, proveedores y acreedores, dan cuenta de circuitos del efectivo necesarios para el funcionamiento de la moneda norteamericana en el contexto ecuatoriano. A través de este análisis muestro que las versiones fuertes y débiles del dólar fueron una interfaz crucial para una dolarización ecuatoriana, narrada muchas veces lejos de la realidad de las vidas como las de Catalina, Silvia y Ernestina.

Mostrar la lógica de prácticas y procesos monetarios ligados a la dolarización, como la que he querido ofrecer en estas páginas, podría contribuir a una agenda de estudios que ayude a comprender, y acaso disputar la explicación (hoy monopolizada por un discurso economicista estrecho) de la compleja y desigual vida económica en América Latina y de sus crisis recurrentes.

Bibliografía

Akin, David y Robbins, Joel (eds.) (1999). *Money and Modernity: State and Local Currencies in Melanesia*. Pittsburgh: Univ. Pittsburgh Press.

Alba Vega, Carlos, Matthews, Gordon y Lins Ribeiro, Gustavo (2011). *Globalization from Below and Its Forms of Political Regulation*. Londres: Routledge.

Banco Central del Ecuador (24 de enero de 2014). 52 máquinas dispensadoras de monedas del BCE, al servicio de la ciudadanía. <https://www.bce.fin.ec/boletines-de-prensa-archivo/52-maquinas-dispensadoras-de-monedas-del-bce-al-servicio-de-la-ciudadania-618>

Berg, Andrew y Borensztein, Eduardo (2000). *The pros and cons of full dollarization*. Washington: Fondo Monetario Internacional. doi:10.5089/9781557759955.051

Callon, Michelle, y Muniesa, Fabian (2005). Economic Markets as Calculative Collective Devices. *Organization Studies*, 26(8), 1229-1250. <https://doi.org/10.1177/0170840605056393>

Dávila, Miguel (2017). ¿Cómo se hizo en la práctica la dolarización?. *Polémika*, 11, 15-45.

Dewey, Matías (2020). *Making It at Any Cost: Aspirations and Politics in a Counterfeit Clothing Marketplace*. Austin: University of Texas Press.

Dodd, Nigel (2014). *The social life of money*. Princeton: Princeton University Press.

Chiriboga, Andrés (2019). Una aproximación sobre dolarización y cultura en el Ecuador. En Villalba, Mateo (ed.). *Dolarización: dos décadas después* (pp. 7-42). Quito: Abya-Yala.

Ferraro, Emilia (2004). *El dólar vale más*. Una reflexión sobre dinero, Estado e identidad. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 19, 71-77.

González, Sara (2020). Contested marketplaces: Retail spaces at the global urban margins. *Progress in Human Geography*, 44(5), 877-897. <https://doi.org/10.1177/0309132519859444>

Guyer, Jane (ed.) (1995). *Money Matters: Instability, Values and Social Payments in the Modern History of West African Communities*. Portsmouth: Heinemann.

Guyer, Jane (2004). *Marginal Gains*, Chicago: Chicago University Press.

Guyer, Jane (2011). Soft currencies, cash economies, new monies: Past and present. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 109 (7), 2214-2221.

Kuroda, Akinobu (2008). What is the complementarity among monies? An introductory note. *Financial History Review*, 15(1), 7-15. doi:10.1017/S0968565008000024

Lave, Jean, Murtaugh, Michael y Olivia de la Rocha (1984). The dialectic of arithmetic in grocery shopping. En Barbara Rogoff y Jean Lave (eds.), *Everyday cognition: Its development in social context* (pp. 67-94). Cambridge: Harvard University Press.

Lemon, Alaina (1998). Your Eyes Are Green like Dollars: Counterfeit Cash, National Substance, and Currency Apartheid in 1990s Russia. *Cultural Anthropology*, 13(1), 22-55.

Loja, Diana, León, José Luis y Martínez, Luis Emilio (2022). *Women, markets and the economic life of the urban poor in Cuenca, Ecuador*. Londres: The University of Sheffield/Economic and social Research Council. <http://dspace.ucuenca.edu.ec/handle/123456789/41322>

- Luzzi, Mariana y Wilkis, Ariel (2019) *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)*. Buenos Aires: Crítica.
- Maurer, Bill (2006). The Anthropology of money. *Annual Review of Anthropology*, 35(1), 15-36.
- Maurer, Bill, Musaraj, Smoki and Small, Ivan V. (eds.) (2018). *Money at the Margins: Global Perspectives on Technology, Financial Inclusion, and Design*. New York: Berghahn Books.
- Mintz, Sidney (1964). Currency problems in eighteenth-century Jamaica and Gresham's Law. En *Process and pattern in culture: Essays in honor of Julian N. Steward*, edited by Robert A. Manners, (pp. 264-85). Chicago: Aldine.
- Missaglia, Marco (2021). Understanding Dollarisation: A Keynesian/Kaleckian Perspective. *Review of Political Economy*, 33(4), 656-686. <https://doi.org/10.1080/09538259.2020.1869401>
- Neiburg, Federico (2016). A true coin of their dreams. Imaginary monies in Haiti. The Sidney Mintz Lecture. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 6 (1), 75-93. Doi: <https://doi.org/10.14318/hau6.1.005>
- Neiburg, Federico (2023). Inflation-Pragmatics of money and inflationary sensoria. *Economic Sociology. Perspectives and conversations*, 24(3), 9-17.
- Nelms, Taylor C. (2015). *Making popular and solidarity economies in dollarized Ecuador: money, law, and the social after Neoliberalism*. Irvine: UC Irvine. <https://escholarship.org/uc/item/3xx5n43g>
- Nelms, Taylor C. y Guyer, Jane (2021). Money and everyday: instability and inventiveness in the modern age. En Nelms, Taylor C. y Pedersen, David (eds.) *A cultural history of money in the modern age* (pp. 105-134). Londres: Bloomsbury Academic.

Ossandón, Juan José (ed.) (2012). *Destapando la caja negra: Sociologías de los créditos de consumo en Chile*. Santiago de Chile: IC-SO-Universidad Diego Portales.

Ponsot, Jean-François (2019). Économie politique de la dollarisation. *Mondes en développement*, 188, 51-68. <https://doi.org/10.3917/med.188.0051>

Théret, Bruno (2003). La dollarisation: polysémie et enflure d'une notion. *Critique internationale*, 19, 62-83. <https://doi.org/10.3917/crii.019.0062>

Towers, Marcia y Borzutzky, Silvia (2004), The socioeconomic implications of dollarization in El Salvador. *Latin American Politics and Society*, 46, 29-54. <https://doi.org/10.1111/j.1548-2456.2004.tb00284.x>

Truitt, Allison (2013). *Dreaming of money in Ho Chi Minh City*. Seattle: University of Washington Press.

Vera, María Pía (2013). *Más vale pájaro en mano: crisis bancaria, ahorro y clases medias*, Quito: Flacso.

Villarreal, Magdalena (2011). Cálculos financieros y fronteras sociales en una economía de deuda y morralla. *Civitas: Revista De Ciências Sociais*, 10(3), 392-409. <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2010.3.8338>

Villalba, Mateo (2019). Dos décadas de dolarización: ¿qué hemos aprendido de este esquema monetario? En Villalba, Mateo (ed.). *Dolarización: dos décadas después* (pp. 7-42). Quito: Abya-Yala.

Weismantel, Mary (2001). *Cholas and pishtacos: stories of race and sex in the Andes*. Chicago: University of Chicago Press.

Wilks, Ariel (2013). *Las sospechas del dinero*. Buenos Aires: Paidós.

Zelizer, Viviana (1994). *The social meaning of money: Pin money, paychecks, poor relief, and other currencies*. Princeton: Princeton University Press.

